

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 25 DE FEBRERO DE 1923

NÚM. 19.988

LA MANCHITA DE LA UÑA



Procopio abrigaba lo que se podría llamar la superstición de las supersticiones, o sea la de no enervarlas. El mundo le parecía un misterio, aunque de insignificancia. Es decir, que nada

quiere decir nada. El sentido de las cosas es una invención del hombre, supersticioso por naturaleza. Toda la filosofía — y para Procopio la religión era filosofía en niñez o en vejez, antes o después de su virilidad mental — se reducía al arte de hacer charadas, en que el todo precede a las partes, a mi primera, mi segunda, mi tercera, etc. El supremo aforismo filosófico de Procopio, el a y zeda de su sabiduría era éste: «Eso no quiere decir nada.» No hay cosa que quiera decir nada, aunque diga algo; lo dice sin querer. En rigor el hombre no piensa mas que para hablar, para comunicarse con sus semejantes y asegurarse así de que es hombre.

Un día Procopio, al ir a cortarse las uñas—operación que llevaba a cabo muy a menudo—observó que en la base de la uña del dedo gordo de la mano derecha, y hacia la izquierda, se le había aparecido una manchita blanca, como una peca. Cosa orgánica, no pegadiza; cosa del tejido. «Bah! — se dijo—, irá subiendo según crece la uña, y acabará por desaparecer; un día la cortaré con el borde de la uña misma.» Y se propuso no volver a pensar en ello. Pero como el hombre propone y Dios dispone, dispuso Dios que Procopio no pudiese quitarse del espíritu la manchita blanca de la uña.

Cuando se puso una vez, al poco del descubrimiento, a escribir Procopio, la manchita no le dejaba llevar la pluma por donde él quería. «Pero esto es una estupidez! — se decía, irritado contra sí mismo—; ¡si esto no quiere decir nada! degradantes supersticiones!» Recordaba que cuando niño se le había dicho que esas pintitas blancas en las uñas

son mentiras y que les salen a los niños mentirosos; pero él ni era ya niño —ni viejo todavía—, ni recordaba haber dicho, ni haberse dicho, recientemente mentira alguna de consideración. Además, aquello no quería decir nada. Y salió de paseo al campo, a ver si con el aire libre y soleado se le quitaba la pintita aquella del magín.

¡Que si quieres! Más fácil le habría sido quitársela de la uña. «¿Pero qué puede querer decir una cosa así? — se decía,

mo en una pechera de camisa blanca la tinta.» Creía con estas cavilaciones trascendentales poder desechar de su magín la manchita; pero ¡quién! ¡ni por esas! Ya la cuestión no era lo que aquella pintita significara, sino si significaba o no algo. Y en rigor, si hay algo que signifique cosa alguna.

Procopio creía no creer en «agüeros, hechicerías y cosas supersticiosas» —creencia que, según le habían enseñado en el P. Astete, es pecaminosa—; pe-

cir querer no es acaso el colmo del querer decir? La pequita decía querer amargarle el poso de las aguas del espíritu, el sedimento de las supersticiones.

Empezó la cosa — ya le llamaba, hablando consigo mismo, «la cosa» — a causarle un íntimo desasosiego, algo como un cosquilleo del cauce del alma. ¡Dolor, no! Dolor no era; no llegaba a dolor. Pero algo que no le dejaba descansar, como cuando no se acuerda uno del nombre de su padre o de su hijo o del propio nombre. Y recordaba cómo, siendo niño, tuvo que salir de la iglesia, dejando de oír una misa, a que devotísimamente asistía, porque no podía dominar los cosquilleos a despa-bilar los mocos de las velas del altar. Y se le reprodujo aquella congoja infantil.

¿Se pintaría la uña? ¿Se la rasparía? ¿Se la cortaría? Mejor era dejarla crecer. Y acaso con su deseo de que desapareciese la misteriosa—sí, misterio, misterio! — manchita fuera creciendo más de prisa la uña. Porque... ¿no influye acaso la voluntad en el crecimiento, más o menos lento, de las uñas?

«Dicen que a Newton—se decía Procopio — se le ocurrió lo de la gravitación viendo caer una manzana... Cuentos, ¡claro! Pero ¿no será la aparición de esta manchita en mi uña algo así como la caída de una manzana newtoniana? Y

ahora, ¿qué descubro yo?» Y se puso a pensar qué es lo que descubriría. Porque necesitaba descubrir algo; el ánimo le pedía un descubrimiento. Sólo que como nada significa nada... Descubriría esto: ¿que nada significa nada? Creía tenerlo descubierto, mas para sí solo; y cuando no logra uno descubrir a los otros lo que cree tener descubierto, empieza a sospechar que ni a sí mismo se lo descubrió.

«Y si yo pudiese demostrar—se añadió—que la cosa no significa nada?» Empezó a asustarse. La obsesión de la manchita no le dejaba pensar en otras cosas más serias. ¿Más serias? ¿Y por qué más serias?

Procopio se volvió a su casa con la mente henchida de intenciones de pen-



DIBUJO ATRIBUIDO A VELÁZQUEZ

sin querer decirse—. ¿Qué puede querer decir? ¡Claro está que nada! Alguna causa tendrá, ¡claro!, porque no hay efecto sin causa, y esto es indudablemente efecto, efecto de algo; por algo me ha salido esta manchita en la uña, y precisamente en la del dedo gordo de la mano derecha y no en ninguna otra de las diez. ¿A ver? Y se puso a examinar las demás uñas. Y luego se dijo: «No hay efecto sin causa, como no hay causa sin efecto; pero ¿para qué me ha salido esta manchita... Manchita?» Y se puso a cavilar si era o no mancha. Porque las manchas le parecían que han de tirar a negro. «Sin embargo, sin embargo—se añadió—, blanco sobre negro es tan mancha como negro sobre blanco; en una levita negra mancha la leche co-

ro la superstición de Procopio era que nada quiere decir nada, que ninguna cosa tiene significación. «Y si no, vamos a ver—se decía—: ¿qué quiere decir esto de que yo me llame Procopio? ¿Por qué me hizo bautizar con ese nombre mi padre, que, por su parte, se llamaba Wilibrordo?, y tenía, por cierto, un hermano, tío mío, Burgundófero...» Mas ni aun así... No, no lograba con estas digresiones apartar su obsesión de la manchita. La pequita estaba allí, en la uña, sonriéndose, sí, sonriéndose irónicamente y diciéndole: «Adivina, adivinanza, ¿qué hace el huevo en la paja? Y yo, ¿qué hago aquí?» Y era un huevo, un huevecillo—un ovillo—de pensares trascendentes. Conque no quería decir nada, ¿eh? Pues, por lo menos, decía querer. ¿Y de-

samientos. La manchita de la uña se le había convertido en una nebulosa cósmica de la razón. Y no quería dormirse, no fuera que la manchita se le convirtiera en sueño... Procopio tenía un supersticioso horror a las supersticiones.

Miguel de UNAMUNO

IMPRESIONES DE UN CAMINANTE

POMPEYA

TUVIMOS la suerte de entrar en Pompeya solos, sin el enojoso acompañamiento de los cicerones. Claro está que fué preciso sacudirlos como moscas. La ciudad muerta se abrió ante nosotros con la intacta belleza de su exhumación; y pudimos abandonarnos sin estorbo al goce elegiaco de dialogar con ella.

Pompeya es una sacerdotisa que fué sacrificada en el ara del dios que guardaba; y también, como Ifigenia, fué arrebatada al sacrificio antes de la completa consumación. Su cuerpo desnudo muestra la herida del gladio sacrificial, y aun la quemadura de las llamas que en la pira besaron sus pechos de virgen. Su propia desgracia fué su suerte, ya que por ella se salvó de la destrucción ejercida por el Tiempo, mucho más terrible que la del volcán. Pompeya es la verdadera Bella-Dormida-en-el-Bosque; ciudad que durmió diez y siete siglos bajo la tierra esperando la vida, intacta en su juventud, ejemplo riante ofrecido como arquetipo de belleza, realizada por su misma ruina como una caricia de la Muerte impotente sobre un torso de diosa inmortal. Tiene Pompeya todos los momentos de un ciclo trágico: porque después de su Pasión y de su Entierro tiene la hora triunfal de su Resurrección. Es la ciudad apoteótica en quien se transfigura toda Italia, como si el Renacimiento necesitara ese momento simbólico para coronarse. Todo el Lacio había sido ya una vasta Pompeya, un suelo henchido de templos y estatuas que volvían a la luz, atestiguando la eternidad de su naturaleza divina.

Hay, pues, dos fuertes remociones estéticas en la visita a Pompeya: la una reside en la contemplación directa y viva del clasicismo imperial, arte moribundo y corrupto, cuya irradiación principal fué ejercida después de exhumada la ciudad, en un curioso anacronismo; el otro valor emotivo de Pompeya estriba en la huella misma de la catástrofe que la sepultó.

Pompeya es un momento clásico, que ha sobrevivido gracias a su misma desgracia histórica. La muerte convertiéndola en oasis sustraído al paso de la caravana del Tiempo. Diríase que aquí pudo Fausto detener su clepsidra, parando el momento: aquí pudo anclar su buque el Holandés Errante, y Lamartine su barca, «sobre el océano de las edades».

No se entra en esas calles sin algún recelo, inexplicable y vago. Todos, al penetrar en ellas, tenemos algo de Parménides, como si volviésemos a la existencia después de siglos de sueño. Algo nos dice que acaso en nosotros revive la conciencia entumecida de un antiguo pompeyano que va a reconocer sus viejos objetos queridos, y abrir por nuestra mano la puerta de su casa, en cuyo umbral le esperan brazos familiares. El recuerdo de *Arria Marcella*, la novela de Gautier, resurge en cada visitante como una fácil aparición.

Avanzamos por la recta calle de Nola. Estaban cerradas las casas más notables. No intentaré describir, una vez más, la conocida distribución de Pom-

peya. Tampoco quiero insistir sobre por menores arqueológicos que están en todas las Guías. Pero lo que comunica a Pompeya categoría única es el valor dinámico unido al yacimiento estático de sus restos. Pompeya no es un museo, sino una plasmación vital, la huella viviente de una fuerte actividad humana. Los museos son necrópolis; Pompeya es una ciudad, y su muerte momentánea aseguró su vida inmortal, como si en ella encarnase una de sus diosas tutelares. Sus casas no son reconstrucciones eruditas, sino habitáculos donde queda el calorillo inconfundible de una vida familiar. Aquí se ofrecen los lares propicios. Sobre el umbral, inscripciones de buen augurio os saludan invitándoos a reposar en el triclinio doméstico: *Habe*, dice una de ellas, apoyando con cariñosa aspiración el saludo. — Otra, sobre una panadería, os grita: *Salve lucrum*, augurándoos el provecho del alimento. En otra puerta, un perro encadenado, en mosaico, parece mostrar que ahí reside un desconfiado: *Cave canem!*, guárdete del perro! Visitamos las casas más típicas. Sus nombres, debidos al azar de los descubrimientos que caracterizaron sus excavaciones, descubren lontananzas inagotablemente sugestivas: la casa del Citarista, la del Poeta-Trágico, la del Centauro, la del Laberinto, la de Eumachia, la de Salustio... Lindos impulsos muestran la gracia de las estatuillas que parecen atraer sobre la casa la prodigalidad de la fortuna. Los peristilos dejan paso a las habitaciones interiores, llenas de dulce intimidad. Frisos dorados y de vivos colores enlazan las escenas mitológicas, o las danzas de Amorinos, a manera de guirnaldas vivientes cifiendo la sien de la casa, como el borde de la copa augural. Aquí los tripodes de bronce sostuvieron la cazoleta de los sacrificios, junto al dioscello doméstico, y la columna de aroma serpenteó enlazando los cuerpos adorantes con la invisible divinidad protectora. Aquí el Amor fué acaso sorprendido por la lluvia de fuego, terrible gota caída de la lámpara de una Psiquis infernal...

¿Es esto un yacimiento clásico? No. La ciudad tiene un valor aislado y único: no se trata del arte clásico, sino del pompeyano. Por un azar singularísimo,

Pompeya había sido destruida por un terremoto pocos años antes de su destrucción por el volcán. No estaba todavía reconstruida por completo. Pero sus restos nos la revelan con una perfecta unidad estética: es la estela viva del arte imperial y singularmente del arte napolitano de su época. Estamos muy lejos de la grandeza austera de Roma, y de la nostalgia del arte republicano, divina exaltación de la fuerza y la sobriedad viril. La Roma imperial estaba sometida a una segunda invasión de helenismo decadente y sensual. No era el helenismo espartota que inspiró a la Roma militar; ni tampoco el aticismo de la gran época, que supo unir la pureza de medios a la grandeza del sentido final. Era un helenismo de vencidos, en que la primitiva integridad de los mitos se había corrompido con la mezcla de todas las religiones, como se vió singularmente en la tragedia desde Eurípides. Era, en fin, el helenismo alejandrino, cráter humano donde fermentaron en mezcla eruptiva todos los ríos del pensamiento, nacidos en los cuatro vientos de la Tierra: el que procedía de las Indias, el del propio Egipto, el de Judea, el de Fenicia, fundidos en la tradición clásica tan ajena a ellos. Ese helenismo, cuyas manifestaciones abarcan todo el espíritu de la Roma imperial, desde su filosofía a su arte decorativo, desde su religión a su política, es el que dejó en Pompeya el verdadero fósil de una sociedad. Nápoles, desde largo tiempo, era, por su naturaleza lujurante y dulce, la atracción de la vida elegante y depravada de Roma. Recordemos una vez más lo que sugería a un romano austero, como Cicerón y Atico, el nombre de Baias.

Pompeya, en escala mucho menor, fué un reflejo de este sentido de la vida, *deleitante* y fácil, conformada con las fruiciones del momento, no dando a las intensidades estéticas (el amor, la divinidad, la patria) una potencia de visión ulterior, una vibración que traspasara la fugacidad mariposeante de una caricia.—Esta fué la base de la estética pompeyana. Pompeya fué, a su manera, otro volcán humano, lucha de valores exóticos y detonantes, remanso de un río de lava tumultuosa. Su Templo, su Foro, su Teatro y su Casa nos lo descubrirán.

Gabriel ALOMAR

ANTOLOGÍA ESPAÑOLA

Versos de circunstancia

A Lope de Estuñiga demandaron estrenas seys damas, é él fiso traer seys adormideras, é fisolos tenir, la una blanca, la otra azul, la otra prieta, la otra colorada, la otra verde, la otra amarilla. E puso en cada una dellas copla, é metiolas en la manga et fiso que cada una de las damas metiese la mano en la manga, é que sacase aquella con que topase, et que cada una lo vesebiese en sennal de su ventura. E los coplas son éstas:

LA BLANCA

Ve, dormidera cuytada,
Llena de grand amargura,
Amarte syn ser amada
Fué siempre la mi ventura.

LA AZUL

Bien segura puede estar
Qualquiera que me tomare,
que nunca verá pesar
De cosa que bien amare.

LA PRIETA

Dama de grand gentileza,
Guárdete Dios de mi suerte,
La qual fué syempre tristesa,
Muy más áspera que muerte.

LA COLORADA

A mi me llaman plaser,
Que fago tal iuramento
De nunca te fallar, çer,
De ningund mal nin tormento.

LA VERDE

Esperança los que esperan
Me suelen todos llamar,
Mas algunos desesperan
Por mucho tiempo esperar.

LA AMARILLA

A mi llaman complimiento
de verdaderos amores,
Mas las dudas y temores
Me ponen mucho tormento.

Lope de ESTUÑIGA

CRIBA

El oro y el moro

El teatro español del siglo de oro suele suscitar dos opiniones: la de que aunque no sea oro todo lo que reluce, en efecto, lo hay, y la de que, aunque reluzca, no hay oro. De esta divergencia puede deducirse, en conclusión, que, efectivamente, *reluce*.

Esto del *relucir* aparta a unos, mientras que a otros les atrae; aparta a Azorín, recatado y silencioso; atrae al temperamento meridional — de árabe español — de Américo Castro, que en un reciente prólogo a *Tirso* no quiere comprometerse del todo en afirmarlo. ¡Y es lástima! Porque nosotros preferiríamos que se decidiese a destacar en su prosa la línea noblemente apasionada y violenta de su perfil moruno; sería un estilo fino y fuerte, que ya inicia, a pesar de la coacción que ejercen sobre él, de un lado, la filología, y de otro, la equivocada influencia de un gran maestro, de cuya turbia retórica no ha logrado librarse aún (habla de *barroquismo*, de *ninfas* y *faunos*, del pueblo español estilizado sobre la escena, de *técnica violentamente impresionista*...). ¡Lástima también que, al dedicarle el prólogo al gran escritor aludido, no hubiera sido—como en nuestro deseo — a modo de exorcismo!

Drieu la Rochelle, calculista sentimental

Empezar a numerar es empezar a equivocarse. Según. En el caso de Drieu la Rochelle, probablemente sí. Pero es que este admirable escritor—en su último libro: *Mesure de la France*—tiene una manera sentimental de contar y medir muy parecida a la del comerciante que se equivoca—o que se propone equivocarse—en favor suyo, que también lo hace de una manera sentimental.

Sensibilidad y fantasía

La lectura del libro de Alain Fournier: *Le Grand Meaulnes*, deja una impresión inolvidable—y sin que pueda precisarse muy exactamente por qué—, una impresión *goethiana*. Como *Wilhelm Meister*, *Meaulnes* se siente impulsado hacia lo desconocido y misterioso, solicitado intensamente por una poderosa poesía que se desprende de los más vulgares acontecimientos y que le embriaga de tal modo, que toda su vida adquiere en ella su única razón y sentido. También, como en *Meister*, es el amor de la mujer lo que motiva el desbordamiento de su fantasía, hasta sobrepasarlo, en la insaciable sed de aventura. Pero el héroe de Alain Fournier no es un burgués como el de Goethe, y en su libro no triunfa, finalmente, esa comodidad—esa paz del espíritu—que Novalis combatía, como protesta, en su nebuloso *Henri d'Ofterdingen*—, sino que deja una inquietud interrogante en el ánimo del lector, y vemos — nosotros también — a *Meaulnes*, grande y barbudo, con su hijita en los brazos, alejarse misteriosamente...

Conviene hablar muy en secreto, y sólo entre amigos, de este libro maravilloso; debemos comunicarnos al oído los descubrimientos que en nuevas lecturas vayamos haciendo—porque creemos que este libro, como *Les caves du Vatican*, de Gide (ese otro *Wilhelm Meister*), irán adquiriendo lentamente el pleno sabor de su extraña y profunda belleza—de esa belleza en que Debussy condicionaba lo auténticamente francés: la *fantasia en la sensibilidad*.

José BERGAMÍN

LA VIDA ESTÉTICA



GEORGES SEURAT.— DOMINGO DE VERANO EN LA «GRANDE JATTE» (1884-1886)

Seurat

A caballo sobre dos siglos—hombres formados en el Ochocientos, perforadores del Novecientos—, tres maestros franceses: Gauguin, Cézanne, Seurat. Gauguin resumía, concentraba, trasparaba todo el sentido de la etapa artística anterior. Cézanne luchaba, con lucidez no enteramente redimida de intermitencias, por el advenimiento de un mundo nuevo. Seurat, fría, tranquilamente, se instala ya, con una precocidad turbadora, en el corazón de éste. Aquí está la razón de que la gloria de Seurat haya venido más tardía. Si Gauguin domina en la década 1900-1910 y Cézanne, en la comprendida entre el 10 y el 20, Seurat está probablemente destinado a influir en los jóvenes que aparecen entre hoy y 1930.

Tropezaba hasta ahora esa influencia con un obstáculo: la dificultad extrema para el conocimiento del pintor. La obra de Seurat no es, numéricamente, muy considerable; fué, mientras se producía, escasamente expuesta y mal apreciada; ha venido a parar, después, a la diseminación de galerías y colecciones, a veces recatadas celosamente. Faltábanle también los estudios críticos y las reproducciones, que alivian el desconocimiento, aunque no siempre lo remedien con fidelidad... Este último mal está siendo remediado, en parte. Las referencias a Seurat empiezan a multiplicarse en las revistas artísticas. Una colección de reproducciones, con muchos dibujos hasta hoy inéditos, acaba de publicarse en París, precedida por una biografía del maestro.

Los problemas técnicos suscitados por la pintura seratina, que pudo parecer emparentar con el esfuerzo de los Signac y de los Cross, hubieron un día de oscurecer el aprecio de su nota esté-

tica y aun moral; esta alianza misteriosa de lo eterno y de lo extraño; de lo extremadamente quieto y de lo extremadamente dinámico; de arquitectura y de caricatura; de clasicismo y de carácter, con que sus creaciones se imponen y se agarran tenazmente a nuestra memoria. Es imposible no ver un Seurat, aun perdida su reproducción entre los cien grabados en un libro, que rápidamente se recorre. Es imposible olvidar un Seurat, una vez visto. A los que han posado los ojos en un cuadro de Seurat, si, pasados muchos años, viene un día en que naufragan y se ahogan, les aparecerá sin duda, entre el desfile de imágenes velocísimo que, según dicen, suele producirse en tales casos, la visión—impía tal vez, pero nunca frívola—del cuadro que conocieron de Seurat.

Aun en lo técnico, la primera versión que esta pintura encontró en la crítica, no fué justa. Con Signac o Cross, Seurat fué llamado puntillista en más de una ocasión. Ahora bien; el puntillismo fué y tuvo que ser, por definición, análisis. En el arte de Seurat, al contrario, lo que nos importa es la síntesis. Sabido es que sus primeras rebuscas se limitaron al uso del blanco y del negro, a los dibujos en lápiz Conté sobre las hojas de papel Ingres. Pero, aun llegado al cromatismo, su arte se obstinó en grado sumo en el ejercicio de lo abstracto, en las virtudes de la eliminación... Seurat es como un Poussin de nuestros días. Uno de esos artistas supremos que saben que si el corazón tiene sus razones que la razón no conoce, también «la razón tiene sus sentires, en que el corazón no palpita».

Exposición Echevarría

Nos importa dejar aquí consignada la calidad, realmente excepcional, de la

exposición del pintor Juan de Echevarría, abierta desde principios de este mes y bajo el patrocinio de la Sociedad de Amigos del Arte, en el Palacio de Bibliotecas y Museos. La revelación de una nueva y vigorosa personalidad de artista, largamente acendrada en un obstinado trabajo de depuración propia, ha podido así llegar hasta el público. Antes, desde hace años, amigos y profesionales de esta corte venían ya haciéndose lenguas del mérito de aquella preparación solitaria, triplemente oculta y protegida por la artesana y nunca satisfecha probidad del autor, por su elegancia social y por su pudor cuádragenario y exquisito.

Como los más notorios pintores vascos y catalanes de los últimos tiempos, hubo Juan de Echevarría de comenzar su carrera bajo la luz de las constelaciones estéticas de París. De los maestros franceses recibió precisamente la lección que mejor se adecuaba a su propio temperamento. De Paul Gauguin, la sabiduría del arabesco melódico. De los últimos impresionistas y de los «intimistas» de dos décadas atrás, del grupo de los Vuillard, Bonnard, Roussel, el respeto y la voluptuosidad por la materia.—No vaya a considerarse aquí paradójica la asociación de los dos términos «respeto» y «voluptuosidad». Hay bellezas, decía Octavio de Roméu, que la mejor manera de honrarlas es gozarlas. Conforme en eso con los prejuicios del villano que, al salir del túnel, pedía perdón por su atonía a la hermosa dama, compañera de un viaje en ferrocarril.

Al amor gogueniano por la caligrafía graciosa, debemos, en la exposición Echevarría, el encanto admirable de los grandes bocetos de las series del Albai-cín. A la gula docta por materias y ca-

lidades, hemos de agradecer la pasta densa y bien trabada de tal o cual bodegón sabroso... Pero no siempre el artista se mantiene fiel a estos orígenes. Regresado a España, viviendo en los ambientes intelectuales de España, pronto obran sobre él cierto nacionalismo, cierta literatura. De la fiesta amable de los ritmos estéticamente puros y felices se para en la psicología y el etnicismo, tal vez un poco aparatoso, de los últimos retratos. Es muy probable que, entre nosotros, esta evolución se vea generalmente celebrada. Cabe, sin embargo, pensar de otro modo. Cabe preferir el retrato de M. Paul Plan, tan fino y austero, de distinción tan seca y tan plana, al retrato de Ramiro de Maeztu, por ejemplo, onerado por la más abrumadora sociología.

Claro que la mayor parte de las gentes que estos días se han precipitado hacia la excepcional exposición del Palacio de Bibliotecas y Museos, iba cabalmente por esto, por la sociología—por la sociología teórica o práctica—. Empujaba a multitud de ellas el deseo de verles las pintas, una vez más, a los de «la generación del 98», retratados por Echevarría; de comentar la cara de vinagra de Pío Baroja o de gozar del espectáculo —que dura hace veinte y cinco años, y, por lo visto, divierte todavía—de don Ramón María del Valle-Inclán vestido de máscara... La sensibilidad, muy por encima de anécdotas, del pintor que ha sido capaz de analizar el hechizo asimétrico del «Niño italiano», hará bien en desconfiar de alguno de los aspectos de su éxito de público. Y su conciencia de artista, en discernir y valorar los elementos del mismo, después de los aplausos y brindis del bien ganado homenaje que, a la hora en que escribimos estas líneas, va a celebrarse en los comedores de Fornos.—d'O.

PIRULIN SE FUE POR FIN

CUENTO PARA NIÑOS POR JUAN DE LAS VIÑAS

PIRULIN dijo a sus padres. «Yo soy un individuo—así como suena: un individuo—que ha nacido para hacer algo en este mundo, algo de lo más gordo de este mundo. Y mañana me voy de aventuras.»

La cuestión es que Pirulín podía ser un chico listo y era, en el fondo, una excelentísima persona; pero, ¡amigo!, se le había metido en la mollera marcharse por el mundo de aventuras.

Pirulín era un individuo — así como suena: un individuo—que no decía las cosas dos veces.

¡Qué remedio!... Pirulín montó en su caballo, un caballo negro y flaco, y dijo: «¡Adiós!»

El padre de Pirulín y la madre de Pirulín estaban juntos, muy juntos, con unas ganas de llorar que se les conocía a la lengua.

—Oye, Pirulín—dijo la madre—: ten esta cajita y guárdala; pero no la abras nunca.

—¿Qué hay aquí? — preguntó el muchacho.

Pero la madre se llevó el dedo a los labios para que se callara.

Pirulín dijo: «¡Adiós!»

Los padres de Pirulín, viendo que Pirulín se les marchaba, dijeron: «¡Paciencia!»

La cajita dijo: «Tic-tac.»

Y un mirlo en una rama cantó y dijo:

—Pirulín... Pirulín, se va por fin.

Fuera de esto, nadie, no dijo nadie nada.

Iba por la noche Pirulín tragándose a medio mundo...

En el bosque había unas veces ruidos, muchos ruidos, por todas partes ruidos jugando al escondite, y otras veces un silencio atroz; un silencio en el que se paraba todo, hasta la respiración de Pirulín. Solamente aquella cosa que iba encerrada en la cajita, cuando todo se callaba, decía, muy calladito, «tic-tac».

Pirulín no estaba entonces para oír el «tic-tac» de la cajita. Pirulín tenía entonces muchas cosas importantes en qué pensar. Pirulín tenía que pensar entonces una cosa importantísima. Esta:

—¿Dónde voy yo? ¡Vamos a ver!

Y después de mucho pensarlo, cayó en la cuenta de que tenía un tío que era mago, el mago Merlinón, y que él podía decirle dónde encontrar las aventuras que Pirulín iba buscando.

—Tras, tras—dijo Pirulín cuando llegó a casa del mago.

—¿Quién es?—contestó el mago.

—Soy yo.

—¿Quién eres tú?

Le sorprendió un poco a Pirulín que Merlinón, sabiendo tanto y siendo mago, tuviera que preguntar y tuvieran que contestarle por el nombre para saber quiénes llamaban a la puerta.

Pero no estaba Pirulín para detenerse a pensar mucho, y diciendo su nombre, entró.

El mago Merlinón estaba en aquel momento haciendo un cocimiento mágico para remediar el mal de ojo.

—¡Hola, sobrino! — dijo a Pirulín—: ¿Qué se te ocurre?

Le explicó Pirulín, y el mago meditó. Dos horas se pasó meditando. Había en la habitación un silencio tremendo. Sólo el cocimiento hacía en la lumbre «glo-glo-glo»; sólo aquello que estaba en la cajita hizo «tic-tac», y un buho que tenía Merlinón en un rincón del cuar-

to dijo, muy calladito y sin moverse: —Pirulín... Pirulín, se fué por fin...

Anduvo Pirulín... un día, un año, un siglo... El caballo, que era negro, se volvió blanco de tanto como envejeció caminando...

Pirulín no llegaba nunca a la ciudad que le había recomendado Merlinón. De buena gana se hubiera vuelto a su casa Pirulín; pero cuando se le metía una cosa a Pirulín en la mollera... Anduvo Pirulín.

—¡El cielo os manda, caballero!—dijeron a una el rey y la princesa, levantando los brazos y la mirada hacia las nubes—. Ya casi no queda en la ciudad al quien comerse, y el feroz antropófago ha dicho que se zampará la próxima vez a la mismísima princesa.

El rey, medio temblando, medio lloriqueando, pero a la vez puesta la esperanza en Pirulín, le explicó lo que era necesario hacer para que el Bandido Antropófago Tragahombres se decidiera a salir de su cueva y entrar en pelea. Era necesario cortar en el bosque las matas

tros de gordo, y un ventanuco allí en lo alto, por donde asomaba el ojo del celero. ¡Santa madre!...

Pirulín comenzó a llorar amargamente... ¿Por qué se había ido él de su casa?... ¿Cuánto tiempo hacía que se fué de su casa? Mil años..., dos mil años... Pirulín tenía una barba blanca, larga, y se sentía viejo... viejo...

Pero no hay que desesperarse... Algo siempre nos socorre en los trances más apurados: en el bolsillo de Pirulín había una cajita con una cosa dentro que hacía, calladito, «tic-tac».

Y aquella cosa comenzó entonces a hacer «tic-tac» en la pared del calabozo: abrió un boquete en ella y por el boquete pudo marcharse Pirulín a todo correr; tres días y tres noches de carrera sin descansar, hasta que Pirulín llegó a su casa.

No sabemos si sería que, con una carrera tan atroz, se le cayeran por el camino los años y la barba; lo cierto es que Pirulín estaba, cuando llegó a su casa, otra vez joven como antes y guapo como siempre.

Su papá y su mamá se lo comieron a besos, y Pirulín contó su aventura:

El rey de Abrilibóquili era un granujilla; había inventado aquello del Bandido Antropófago Tragahombres para que se presentaran caballeros y más caballeros y le cortasen entre todos la leña del bosque; les decía a todos lo mismo que le había dicho a Pirulín y a todos los tenía cortando leña una noche entera, después de lo cual el caballero caía rendido, se dormía y el rey de Abrilibóquili no tenía mas que coger la leña y llevársela a su casa; coger al caballero y meterlo en un calabozo...

—Ya ves tú, mamá... Yo te aseguro que ya nunca—así como suena: nunca, nunca—volveré a irme de mi casa.

—Pobre Pirulín—dijo la madre, peinándole a caricias los pelos revueltos—. ¿Has pasado mucho?... ¿Te has curado ya?... No hay en el mundo, ya lo ves, una casa como la tuya. La gente, por el mundo, no te conoce y no te quiere bien. ¡Mira, cuánta nieve!... ¡Mira, en cambio, aquí, qué calentito! No hay casa como ésta. Aquí naciste tú. Y el mundo es grande; pero casa como esta casa no hay en el mundo mas que una.

Y la mamá de Pirulín le besó mucho; pero no le dijo en qué consistía aquella cosa que dentro de la cajita hacía, calladito: «Tic-tac.» Nosotros, sin embargo, lo sabemos: era el corazón de su mamá — así como suena: el corazón—. Las mamás entregan a sus hijos, siempre, el corazón cuando los hijos se marchan de viaje; pero los hijos, a veces, no lo saben, porque las mamás no lo dicen. La mamá de Pirulín dio el corazón a Pirulín, y esto es lo que hacía, calladito, «tic-tac», dentro de la caja.

Cuando Pirulín, arrepentido para siempre, estaba dando muchos abrazos a sus padres, todos se quedaron en suspenso al oír una música tremenda...

¿Qué era aquello? Era que en la cocina de la casa de Pirulín, cuando supieron los peroles, cazos, cacillos y sartenes que había vuelto Pirulín, se pusieron a brincar de alegría y a cantar, a compás, todos ellos:

Pi...ru...lin... Pi...ru...lin Pi...ru...lin...
Pirulín volvió, por fin.

Juan DE LAS VIÑAS

Dibujo de BARRADAS.



Y al cabo se encontró una ciudad y un cartel a la entrada, que decía:

Esta es la ciudad de Abrilibóquili.

El rey de Abrilibóquili nombrará heredero del reino y la princesa de Abrilibóquili dará su mano al caballero

que logre destruir al monstruo horrendo, al espantoso Bandido Antropófago Tragahombres, que se come a los hombres por docenas en el susodicho país de Abrilibóquili.

—¿Para qué quiero más?—se dijo Pirulín—. Aquí está mi aventura.

Y se presentó al rey para decirle que era el individuo—así como suena: el individuo—capaz de comerse crudo al antropófago.

de roble, en un espacio de treinta metros en redondo, para tener de esa manera un campo de pelea despejado y allí desafiar al Antropófago Bandido Tragahombres.

Pirulín no se hizo repetir la lección; montó en su caballo blanco, el que había anteriormente sido negro; se inclinó ante el rey, se arrojó ante la reina y la princesa, que estaban llorando de desesperación, y, montando en su caballo se marchó en busca del Bandido.

¡Dios mío, qué desgracia!... Sin saber cómo... ¿cuándo?, ¿al día siguiente?, debió de ser, sin duda, al día siguiente, abrió los ojos Pirulín y se encontró en un calabozo, en un cuartucho alto y estrecho, con sólo una piedra para sentarse, unos muros gordos, de tres me-

A LO HECHO... PECHO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE E. GUTIÉRREZ-GAMERO

Y qué señas dice usted que tiene?
—Mire usted, señor juez: ni es alta ni es baja; vamos, un término medio. El pelo, entre rubio y castaño, más bien tirando a rubio. Los ojos, entre negros y pardos; pero cuando se enfada parecen negros. La piel de su ovalado rostro, bastante fina y de sano color, quiero decir blanca y sonrosada. Su boca no es un vulgar rasguño, sino un arco bien proporcionado, que oculta una dentadura como esas que ponen en el escaparate algunos odontólogos.

—Bueno. Siga usted.

—Las manos, pequeñas, y los pies, poquitos; y en cuanto a sus andares, nada de pasos largos, de a vara, ni tan menudos que parezcan saltitos. Señas particulares, un lunar en el hombro izquierdo.

—Perfectamente. Con esa tiramira de detalles no habrá más que mirarla para decir: «Esta es.» ¿Cuándo abandonó el domicilio conyugal?

—Verá usted, señor juez, negué a mi casa, de vuelta de la oficina, donde tenía un trabajo extraordinario; pregunté a la criada por mi señora, pues eran las ocho de la noche, hora de tomar, en paz y en gracia de Dios, nuestro condumio nocturno, y me dijo que había salido a las cinco a ver a su amiga doña Dorotea, que se iba de cámaras y estaba ya a punto de sus postrimerías. Yo entonces me despecé de mi terno mezclilla, que es el que uso para los días laborables, y aguardé el retorno de mi señora, con la paciencia propia de mi apacible carácter. Pero dieron las diez, y las once, y las doce, y, ya inquieto, me vestí nuevamente, fui en un verbo a casa de doña Dorotea y allí supe que la de las cámaras era puta novela y que de mi Virginia... ni pizca.

—¿Y después?

—Después, señor juez, a la Comisaría, al Gobierno civil, a las Casas de Socorro, porque sospechaba si Virginia habría sido víctima de algún automóvil o motocicleta con *side-car* — ¡es tan distraída y esos vehículos van tan de prisa! —, y en ninguno de dichos Centros de información me dieron noticias de ella. Entonces, molido el cuerpo y

destrozada el alma, me recogí en mi cuarto piso, en espera del día de hoy para avistarme con usted, juez de primera instancia y excelente amigo mío, al fin deseable de que me aconseje y ponga en la búsqueda de mi señora los medios que le proporciona su alto cargo.

—¿Tiene Virginia algún pariente fue-

Indalecio: ¿es aficionada su esposa a que la echen chicoleos, a que la cortejen, a coquetear, en una palabra?

—¡Quite usted allá, señor juez! Ni en una palabra ni en dos. Mi Virginia es más áspera que un puercoespín. ¡Si yo para hacerle la menor caricia, como cogerle la barbilla con el dedo pulgar y el

nos estamos apartando del motivo de mi visita, y...

—Tiene usted razón. Por el momento no se me ocurren otras preguntas. Yo tomaré las oportunas medidas para la búsqueda de la descarriada esposa; si damos con ella, y cuando haya alguna noticia, le avisaré.

—Y en cuanto a consejos, ¿no me dice usted nada?

—Hombre, si se tratara de algo que no fuera semoviente, una sortija o un guardapelo, verbigracia, le aconsejaría un anuncio en los periódicos, sección de «Pérdidas»; pero tratándose del caso en que usted se encuentra, mi consejo es que espere con paciencia. Sin embargo..., ¡qué diablo!..., en este asunto no veo claro, y únicamente si yo conociera a fondo la vida íntima de usted y de Virginia y, sobre todo, el carácter de ésta, quizás formase un juicio por donde encontrara el hilo conductor...

—Por eso no queda, porque ahora mismo..., y aunque el relato sea largo...

—No, no, por Dios; ahora me falta tiempo. Están ahí fuera esperando tres escribanos y dos abogados para celebrar una vista.

—Pues para completar el cuadro le enviaré a usted un borrón escrito por mis propios pulpos, a fin de que no se entere ningún amanuense ni mecanógrafo, y será como si oyese usted mi misma voz.

Y una tarde, entre sorbo y sorbo de café y chupadas de cigarro, el juez de primera instancia del distrito del Congreso leyó el borrón escrito por los propios pulpos de don Indalecio García Campana, que decía así:

Difícult que exista en el mundo un

hombre más ordenado y comedido que yo. Nada sé hacer que no esté de antemano sujeto a una regla fija y compuesta a mi modo, de suerte que lo mismo sea lo de hoy que lo de ayer, lo de ayer que lo de antes de ayer, y así, hacia atrás, a partir del día que me vi dueño y señor de mis actos y de mis sentidos corporales. Profeso odio mortal a todo lo que huelga a *qué se me da a mí y a manga por hombro*. Mi habitación es el arquetipo del arreglo; mi armario, el



ra de Madrid, a cuyo punto se le haya ocurrido ir?

—Un primo segundo en Navalagamella; pero es un individuo con quien mi señora no hace buenas migas.

—¡Lo de las migas...! ¡A veces parecen malas migas y resultan guayaba pura!

—En esa parte no hay por donde entrarle sospecha a Virginia. El primo de Navalagamella lo menos hace un año que no ha puesto sus pies en la corte.

—Perfectamente. Dígame usted, don

Indice, pongo por caso, tengo que dirigirla un memorial con anticipación! ¡Sí, sí! Cierta día, en la calle de Peligros, un chisgarabís la dijo no sé qué barbaridad acerca de sus bajos, y le soltó una bofetada que le dejó la cara de perfil para toda su vida.

—¡Caracoles! ¿Es usted andaluz?

—No, señor juez. Soy de Tembleque.

—Pues parece que ha nacido usted en la Algabe.

—Los de mi pueblo somos así... Pero

colmo de la distribución simétrica, y los objetos que pufimentan mi persona están en el sitio de siempre colocados y tan prontos a servirme, que si los llamara acudirían a mi voz como procesión de disciplinantes. Y no se diga en lo tocante y sonante a limpieza, porque aquella limpia de Burguillos que lavaba los huevos al freíllo, hubiera sido, a mi lado, una porcachona. A este sano objeto poseo catorce cepillos: tres para los dientes, cuatro para la cabeza, dos para las botas, dos para la ropa de calle, uno para los sombreros y dos para las uñas, porque no soy *onícolago*, es decir, que no tengo la fea costumbre de comérmelas. Mis muebles están como clavados en su correspondiente lugar; mis prendas, numeradas por método categorico y días de uso. Y no se hable de mi violín, con que suelo deleitarme en mis ratos de ocio, a despecho del vecindario, el cual instrumento siempre lo coloco encima del armario, lejos del alcance de la fisona y entremetida criada.

Pues si de este género es mi ser doméstico, parigual resulta mi actuación y regimiento de puertas afuera. Ya sabe usted que soy jefe de negociado en el ministerio de Hacienda; pues nunca, desde el día feliz en que recibí la credencial de mi primer destino hasta la presente hora, he hecho rabona a la oficina, y en cuanto aparezco en ella me despojo de mi americana, me visto una muy vieja, propia para el tráfago de papeles casi siempre polvorientos, pongo en orden los trabajos necesarios al desempeño de mis funciones, que estimo sagradas, y voy despachando los asuntos de que dependen los ingresos en las arcas del Tesoro; eso sí, por riguroso turno, para que los particulares damnificados, si los hubiera, no me vengan con *aquí te la puse*, pues no quiero parecerme a aquellos funcionarios de antaño, que decían: *Lunes y martes, los Santos Mártires; miércoles y jueves, los Santos Reyes; viernes y sábados, San Felipe y Santiago; el domingo, ¿quién trabaja? Ande la andrómeda y venga la nómina. Buen rey tenemos que Fernando se llama. Lo que no se hace hoy, tampoco mañana*. No, señor. Por mi culpa no se ha de echar sobre los servidores de la nación el sambenito de que van tarde a la oficina, o no van ni tarde ni temprano y, sin embargo, cobran, con más otras cosas tocantes a indecorosos manejos que diputo viles calumnias y envidias de gentes protervas, que no han conseguido un hueco apacible en el bienhechor presupuesto.

Digo todo esto para que se haga usted cargo de cómo las gasto en el cumplimiento de mi deber y, por la muestra, deduzca la clase de paño de que la Providencia tuvo a bien formarme, pues de ello se desprenden consecuencias influyentes en mi vida matrimonial.

Todo fiel cristiano—y yo me precio de serlo a tierra ojos—está muy obligado a respetar y cumplir los Sacramentos, uno de los cuales es el del matrimonio, y al matrimonio me fuí, sin hacer caso de los consejos de mi jefe, don Juan de Malmagro, cuya opinión era que en esto de elegir mujer sucede como a los niños con los cuchillos, que no se percatan de que son tales hasta que se cortan; pero siendo difícil la previa experiencia, que adivino facilísima con el tiempo, dadas las modernas corrientes, topé con Virginia Lampuga, de la cual me propuse ser el más tierno y rendido Pablo. La conocí en casa del diputado, mi protector, donde ejercía funciones de señorita de compañía, para dar convoy a las dos hijas de aquél; nos gustamos mutuamente: ella a mí por su garbo, y yo a ella por mi habitual amabilidad y trato cortés, y al conocer que ambos tirábamos por parejo en punto a la mis-

ma fruición y reciproco contentamiento, pensé en la coyunda, no sin haber dedicado a tan grave paso largas horas de meditación.

Porque, bien especificadas mis condiciones, como antes le expuse, imponíase la susodicha meditación, no me decidí en un dos por tres y aun estuve pensando qué me convendría más, si emplear mis ahorrillos (reunidos a virtud de renunciar a gastos superfluos), en los que consigo lleva la boda, aunque sea modesta, o en la compra de una pianola automática que me sirviese como de acompañamiento en mis tocatas de violín.

Los expresivos ojos de Virginia y cierta suave plática que con ella tuve, dieron al traste con la pianola y con mis dudas, y de allí a poco nos casamos, pues ella, huérfana y sola, campaba por sus respetos, y yo no había menester permiso de nadie mas que de mí mismo. Me lo otorgué pleno y entero, pusimos nuestra vivienda y penetramos en las dulces mieles de ese astro, que parece tutelar, de los recién casados, y cuya luz, clara y diáfana, pocas veces dura mucho.

Formé en mi pensamiento, y con la natural anticipación, el plan de vida que habíamos de hacer Virginia y yo, clasificándolo metódicamente, por días y horas, desde el instante en que abandonásemos el lecho conyugal hasta tomarlo de nuevo, entre nueve y diez de la noche. Y durante uno de esos momentos de las dulces mieles, no más tarde que al salir de nuestro primer sueño conjunto, expuse a Virginia aquellos planes fraguados en mi mente, de tiempo atrás, desde que abandoné la idea de la pianola.

Como la joven encontrábase algo adormilada, me parece que no se enteró lo que fuera preciso de la importancia de mi ordenación y de cuánta bondad encierra ajustar nuestro vivir a reglas bien acordadas, porque según el tiento de lo posible ha de ser el viento que nos mueva y empuje; pero mi discurso podía tener varias ediciones, que me propuse repetir, y que repetí en diversos tonos a Virginia, cuando su matinal modorra se dispuso por completo.

Lo limitado de mi haber no me permitía ofrecerle una alimentación compuesta de salchichas lucánicas, vino lixinio, impregnado de nardo céltico y uvas de Cos, con lo cual hubiera sido preciso que asistiéramos a nuestras refacciones coronados de laureles carpófilos y rodeados de esclavos con aparejo propio de tales viejas suntuosidades, todos dirigidos por un refitolero del consiguiente fuste; mas, en cambio, podía prometerle, y la prometí, una cumplida olla a la usanza de Castilla, bien abastada del suave garbanzo, del mantecoso tocino, de la rica morcilla, cuyo través y enjun-dia hacen la boca agua, y del clásico chorizo de cagar, sin poner en olvido la verdura propia de la estación, rindiendo así un tributo de respeto al gran Pitágoras, que, según sabios autores, fué el primer vegetariano.

¿Qué más podía pedir Virginia en este particular de la subsistencia, pues que en mis ordenanzas entraba, como pragmática irrecusable, un artículo contra lo que ha dado en llamarse *cocina francesa*, cuyos salsamentos empuer-can el estómago y dificultan la digestión?

En lo concerniente al traje, la expuse mi sentir acerca de que la mujer debe ajustar su indumento a lo que le vaya mejor y el espejo la diga, haciendo caso omiso de lo que dispongan y concierten en París, y así no veríamos por esas calles de Dios saladísimas madrileñas, pero bajitas, cubierta su gentil cabeza con un sombrero de alas disformes y ta-

padas sus orejas por unos despeinados aladares que parecen tufos de perro de aguas. Con no caer en la tentación de lo que acabo de decir, escrito y puntualizado en mi código, y con no subir el borde del vestido, umbral de apetitos libidinosos, más allá de una cuarta por encima del tobillo, dábame por contento, y a ello debía atenerse Virginia para que nuestro pacífico consorcio y duradera armonía fuese como la de dos en uno solo.

Quedaba por regimentar el punto de las salidas a la calle, visitas a las amigas y paseos diferentes de los dados por Virginia conmigo, muy juntitos, y aquí, amigo mío, declaro que mi voluntad flaqueó y se hizo permisora, porque, ¿cómo meter en casa y en cintura de recogida a una mujer que ha sido sencilla acompañante de dos jóvenes que se parecían por ir de acá para allá para lucir sus preciosas caras, y que me recuerdan unas conocidas mías, trotacalles irreductibles, que las llamaban *las parricidas* porque mataron a su señor padre de un paseo? Cedi, pues, a esta noble sugestión de mi ánimo justiciero, y otorgué a mi esposa licencia de salir y entrar, siempre con justificado motivo y acondicionadas las salidas a una rigurosa puntualidad en el retorno, a las horas marcadas para satisfacer las naturales necesidades del imperioso estómago.

En el primer año de nuestro matrimonio fuimos al unísono, sin notas discordantes ni disturbios de mayor cuantía, porque si alguna vez Virginia se apartaba de lo que era molde de mi vida y regulación de mis costumbres vernáculas, el tira y afloja de prudentes observaciones a que yo la sometía en horas propicias, a oír sin destemple y a obedecer sin réplica, cosa muy difícil de conseguir cuando choca la autoridad marital con el modo de enjuiciar de la parte contraria, luego veníase a las buenas y yo a rebuenas al ver por cuán dócil maneja Virginia se reducía a seguir el casillero donde hubie colocado todos mis movimientos, así corporales como espirituales.

Pero al segundo año de aquél que creí tranquilo y apacible connubio, éste comenzó a flaquear, como si las sabias leyes nacidas de mi equilibrado cacumen hubieran hecho mal poso en el ánimo de mi señora y quisiese emanciparse de ellas o transgredirlas.

Verá usted. Dió principio la transgresión por algo que parece minucia o nada, pero que en mi idiosincrasia, que por lo que llevo dicho conocerá usted al dedillo, produjo efecto terrible. Celebró su fiesta onomástica, que cayó en domingo, mi jefe don Juan de Malmagro; convidóme a la recepción nocturna que daba en su domicilio, a la cual era preciso ir de frac, con chaleco blanco y botas o zapatos de charol, y yo, fiando en que Virginia, cuidadora de mis prendas mayores, y de antemano advertida, tendríame todo dispuesto, en el mismo instante de ir a vestirmelas me encuentro con que el frac tenía una mancha de grasa en la solapa izquierda, el chaleco blanco tiraba a amarillento, y respecto a los zapatos de charol, ignorábase su paradero. ¿No le parece a usted que esta dispersión de las facultades previsoras de Virginia cae bajo lo que puede llamarse una falta grave? Ella me propuso entonces llamar en nuestro auxilio a la bencina bienhechora, un lavoteo inmediato al chaleco o bien sacarlo de polvos de arroz, y en cuanto a los zapatos, resignarme a las botas de becerro que uso a diario; pero ¿quién se presentaba en casa de don Juan de Malmagro, donde acudiría, seguramente, lo más florido del ministerio de Hacienda,

oliendo a demonios y pisando quedo, pues que en las mencionadas botas acababa de poner suelas de goma?

Quizás pensará usted que tales olvidos no merecían serias determinaciones, sino alguna bien expresada admonición, tragándome el disgusto tremendo de no haber asistido al ágape nocturno del señor de Malmagro. Me lo tragué y hasta conseguí poner templanza en mis nervios, cuando un día tropecé con el corse de mi señora en el comedor; otro día, colgada en la cruz de donde penden mis trajes veraniegos, una falda bajera; otro, un zapato de raso metido dentro de mis babuchas morunas, y varios des-arreglos por el estilo, acusadores de la pigracia de mi mujer en punto a respetar y cumplir lo pactado. No puede usted imaginar el desavío que todo esto me produjo. Figúrese que una mañana, de repente, se apaga el sol, sin previo aviso del astrónomo de turno, y con tal figuración se penetrará usted de mi desencanto.

Pero el finiquito de mi paciencia lo causaron dos nuevos aspectos del modo de ser de Virginia, cada uno de los cuales vale para que yo pusiese el grito en el cielo. ¿Creerá usted que mi señora se despertó un día literata y tuvo el atrevimiento de leerme una novelita y un soneto, a cuya lectura me presté en uno de esos instantes en que está el ánimo desmayado y flojas las potencias volitivas? No la dije que aquello eran versos de los de ciento en carga y prosa de escopeta y perro, por lo mirado que soy en mi trato, así general como íntimo; mas ella conoció en mi actitud que sus lububraciones literarias no me producían el más ligero asomo de emoción estética, y seguramente me guardó en el fondo de su alma ese rencorcillo que esconde el lector, orgulloso de su obra, cuando el que escucha, en funciones de juez imparcial, no se muestra entusiasmado y se abstiene de batir palmas.

¿Que cuál fué la otra fase del carácter de Virginia? Pues un afán inmoderado por el lujo. En el presupuesto que formo el día primero del año, dividiéndolo por dozavas partes para que cada mes cargue con lo suyo y no le pise al que le sigue, asigné a Virginia cantidad suficiente al fin necesario de que vistiera su precioso cuerpo con traje y medio para el invierno y traje y medio para el verano, amén de la paulatina reposición de su ropa blanca (digo medio, porque lo sobrante, o poco gastado, de una estación sirve para otra), con todo lo cual creíme horro de mayor gasto y fiel observador de mis deberes maritales.

¿No lo entienda usted así? Pues nada de eso. Mi Virginia fué descabalandando las dozavas partes supradichas, ora comprando un sombrero, ora un salto de cama, ora una piel de zorro azul; todas estas conjunciones distributivas muy por fuera de lo presupuesto, y en mi balance trimestral me encontré con un déficit y en baja tremenda mi unidad monetaria, a cuya inflación no se prestan las leyes económicas que profeso. ¿Se habrá imaginado Virginia — me dije — que poseo el arte de la *crisopeya*, o sea el de convertir los viles metales en oro fino y monedable?

Lleno el gorro de guijas, como suele decirse, llamé a capítulo a mi conjunta y la pronuncié un discurso crematístico, basado en los sanos principios de la ciencia que aprendí de Malmagro y de otros sabios compañeros suyos, mis dignos jefes, en lo referente a lo material y prosaico de la vida, y en lo tocante al aspecto moral puse torvo el ceño y la mirada fosca, expresando después, con frase enérgica, la orden firme de volver a mi reglamentación, sin

separarnos de ella ni el canto de una uña.

Y he aquí cómo aquellos deliquios que columbré en las febricitantes horas de amor soñado se escaparon y perdieron como se pierde la luz vespertina en las tinieblas de la noche fría, porque, a partir de mi discurso, comenzaron entre nosotros reyertas mesuradas por mi parte e iracundas por la de mi señora, quien, sin duda, herida de punta de ofensa por mi escaso aprecio de sus obras literarias, contradecíame en todo, haciendo del antes pacífico hogar un anticipado infierno.

De esta irregular manera llevábamos larga temporada, hasta que ocurrió lo que dije a usted en nuestra entrevista. En el manuscrito que le envío va la verdad pura acerca de mi vida con Virginia. Juzguela según su leal saber y entender, y vea si hay en ella motivo de escapatoria; pero, sobre todo, procure usted averiguar el paradero de mi esposa y traerla al buen recaudo de mi guarda, porque, no obstante su inobediencia, para mí era Virginia como algo muy diferente de las cosas que mi afán idiosincrásico hubo ordenado por categorías de servicios y requerimientos de deberes, algo preciso y asimilable a mi organismo sensible y colocado en una anaquelera ideal donde pongo las fibras más delicadas de mi espíritu.

A los pocos días del haber leído el juez de primera instancia del distrito del Congreso el manuscrito que le envió su amigo don Indalecio García Campana, la casualidad, que no sus medios de averiguación policiaca, hizo que tuviese noticia fidedigna del punto donde se hallaba Virginia, y bien persuadido de que en la fuga no metió mano el demonio, inspirador de arrebatos pecaminosos, antes de poner a don Indalecio en la pista de su perdida mitad, para que la trajera al buen recaudo de su guarda, se le ocurrió enviar el referido manuscrito a la fugada por puntillosa, y con él una carta explicativa del hecho, llena de frases corteses, con el honesto plan de unir los cabos del hilo roto o de formar un juicio exacto en el pleito de su excelente y atribulado amigo.

No se hizo esperar la respuesta, que decía así:

«Señor juez de primera instancia del distrito del Congreso.

Muy señor mío y de todos más respetos: Antes de seguir más adelante quiero darle las gracias por las benévolas frases que en su carta me dedica, en las que veo que no atribuye usted mi conducta a veleidades deshonestas ni a empujones hacia lo prohibido. Está usted en lo cierto. Tengo la suerte de hallarme entre la inmensa falange de las mujeres que, conociendo como cosa natural y puesta en lo que debe ser, la atracción que sobre ellas ejerce el eterno masculino, no me voy del seguro, lanzándome a pecados que consideraría, más que deshonra para mi marido, faltas a mí misma.

Me he separado por mi propia voluntad de Indalecio, porque, aun conociendo que es un buen hombre, resulta el ser más inaguantable que ha nacido de madre. ¿No lo ve usted, tanto en lo que le ha contado como en su prosa mazorril, pesadota y emoliente? ¿Cree usted que se puede tirar mucho tiempo de una vida toda ella reglada por disposiciones de las que no se puede salir, so pena de que se rompa la máquina terrestre? Aquello de que la naturaleza y la vida deben su belleza a sus caprichosas variantes es tan viejo y tan necesario como el mundo en que vivimos, pues si desde nuestros primeros padres hasta

la presente fecha hubiéramos hecho siempre lo mismo, todavía estaríamos como los antropiscos alados de que hablan los historiadores de cosas añejas.

¡Que soy aficionada a la literatural! ¡Mire usted qué futesa! ¡Pero hay incompatibilidad manifiesta entre ella y los deberes caseros de una mujer que se estima? ¿No puedo escribir un soneto pasable o una novela legible y también guisar una paella como la pudieran presumir los propios ángeles, sin necesidad de salchichas lucánicas ni de vino lixio, que seguramente nunca habrá probado mi marido sino en su fantasía, muy dada a recrearse con estas palabras exóticas? ¿No he tolerado sus escarceos violinescos, sin protesta de mis nervios? ¿Acaso cuando lo del so-

se venden como pan bendito. Claro es que no llevarán mi nombre, sino uno postizo, que haré célebre, porque ambos géneros se prestan a que la pluma corra, y es mucho más fácil escribir «Las tardes de la Granja» o «El barón de Faublas» que «El amigo Manso». El toque de la resonancia está en lo de la inflación, para lo cual me arrimaré al cohecho de algún sanedrín literario que me ponga en los cuernos de la luna, y café usted a Periquito hecho fraile.

Yo no sé si usted, un juzgador atento únicamente a los importantes asuntos de su profesión, será feminista. Me inclino a creer que no, porque esta corriente moderna no ha escalado aún las alturas donde están empotradas las viejas leyes procedentes de organismos

do, por orden alfabético, numérico y categorico, lo que se ha de hacer en momento fijo, y que guarda orden y fecha hasta para las expansiones más naturales, es capaz de consumir la paciencia del difunto Job, y yo no estoy hecha de tan resistente urdimbre.

Y ahora, para concluir, le diré a usted que no tengo la menor idea de pasarme por la palomilla mi nombre de mujer honrada; pero crea usted que serán muy pocas las de mi sexo que no hayan alguna vez faltado a sus maridos, ligerísimamente, sólo con el roce de una mala idea, tan pronto concebida como desechada; falta de que es responsable el que, teniendo más entendimiento, más energía y más voluntad, no sabe regir y dominar a un sér inferior, tan fácil de conducir cuando ama de veras. Ya lo dijo el poeta:

¡Qué fácil de persuadir
quien tiene amor suele ser!
¡Y qué fácil en creer
el que no sabe mentir!

Ya conoce usted el sitio donde me escondo. Si después de leídos estos renglones entiende usted que debo volver al lado de mi marido, dígamelo; sacrificaré mi rencor al eterno masculino y volveré. Si, por el contrario, crea que vale más que permanezca tranquila y separada de él, déme la llamada por respuesta. En sus manos pongo mi destino.—Virginia Lampuga.»



neto tuve la pretensión de que le pusiera tonada?

Lei, efectivamente, a Indalecio unas cuartillas llenas de amor, vaporoso y casto, con un argumento interesantísimo, que hacía llorar a las mismas piedras, y como viese que tanto mi esbozada novela, más un soneto que también le coloqué, parecíanle mal, dime por enterada, arrinconé mis pujos literarios, porque no era cosa de que en ellos me ensayase sin que se enterara mi marido, y aquí paz y después gloria. Pero hoy, que me he proclamado libre, feliz e independiente, sintiéndome con aptitudes literarias, me propongo escribir novelas, bien de esas fontitas, con saborete aristocrático, de esas que las madres previsoras permiten leer a sus inocentes (!) hijas, de esas en que nadie pone sitio mal intencionado al pucelaje de la heroína y todo acaba en plácemes y albricias, y así evitaré, en lo posible, la anodina importación de extrangis, o bien de esas del género lupanario, que

caducos y de jurisprudencias enmohecidas; pero si usted alguna vez, dando de lado sus graves tareas, se ha enterado de las nobles aspiraciones de la mujer, como el talento le sobra y el fallar en justicia le acompaña, para mí tengo que disculpará mis pujos literarios y pondrá en el lugar que merece el gesto displicente de mi marido, don Indalecio García Campana.

¡Que he dado en ser gastosa! ¿No ha conocido usted por lo del traje y medio que Indalecio es ruin y tacaño? Sisando aquí y mermando allá, a costa del comer, arder y vestir, guarda todos los meses una buena cantidad en su alcancía, y a mí me escatima lo necesario y lo superfluo. ¿No cree usted, como yo, que el que quiere de verdad a una mujer todo lo ha de parecer poco para servirle y adornarla?

Y ¿para qué cansar a usted más con esta retahíla de disculpas? Un hombre como Indalecio, que no es tal, sino una especie de calepino donde va anotando

—¿Nada ha podido usted averiguar?

—Nada, amigo don Indalecio.

—¿Y no abriga usted alguna esperanza de que parezca.

—Ninguna, amigo mío.

—¡Qué pena tan grande, señor juez, qué pena! La partida de Virginia ha derribado mi sér metódico y tan perfectamente compuesto. Ya en mi casa nada está en orden, porque me paso las horas muertas sin ocuparme en las cosas que antes llamaban mi atención y sólo pensando en aquélla, que era luz de mis ojos y vida de mi vida. Y vea usted, señor juez: no más que con recordarla se me saltan las lágrimas—. Y al llegar aquí, don Indalecio García Campana se puso a llorar a moco y baba, como si fuera un parvulillo.

—¡Caracoles!—decíase el juez cuando se vió solo en su despacho. ¿Qué hago? ¡Vaya un encarguito que me ha caído encima!... Este pobre diablo me ha conmovido, y tentado estoy de llamar a Virginia; pero, ¿y si en cuanto la tenga bajo su dominio vuelve don Indalecio a las andadas? No fuera más que para vengarme, en nombre de los de mi sexo, de esa acérrima enemiga del eterno masculino, debiera llamarla. ¡Que si soy feminista! Pues ¿no he de serlo, si no hay mujer que no abrigue—como diría don Indalecio—alguna gracia en pos de la cual deje de ir mi gusto? ¡Pobrecitas mías! Si quieren ser literatas, burócratas, magistradas y representantes en Cortes de este país nuestro, por mí que lo sean. En cuanto a doña Virginia—que por cierto es una hembra guapísima—, voy a ponerle dos letras diciéndola que se quede por allá, y a lo hecho... pecho.

Y así lo hizo don Camilo Ruiz Barbujo, juez de primera instancia del distrito del Congreso.

E. GUTIERREZ-GAMERO

De la Real Academia Española.

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



ÚLTIMO PROGRESO ELÉCTRICO PHILIPS "ARGENTA"

CRISTAL OPALIN

ALUMBRADO

MEJOR
REPARTIDO
MÁS
MODERNO

LUZ

MÁS
Suntuosa
MÁS
Decorativa



Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRÁCTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS — ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

Droguería, Perfumería, Colores
FLORENTINO PÉREZ (S. en C.)
SUCESORES DE EDUARDO DÍAZ HERRERA
Primera casa en barnices, esmaltes
y purpurinas de todas clases
Hortaleza, 17-Madrid-Teléfono 1038 M.

MANUEL LÓPEZ
FABRICANTE DE MUEBLES
SERRANO, 17
AYALA, 60

"Anís Balmaseda" MALAGON (Ciudad Real)

AGUAS DEL INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

—BÓVEDA (LUGO)—